

## Datos personales

- Nombre y apellido: Pilar Orsatti
- Número de DNI:45200663
- Municipio al que representa: Balcarce
- Categoría y modalidad en la que participa: sub18, modalidad cuento.

Recuerdo de una cinta roja

El primer día fue el más extraño, no sabía cómo funcionaba el lugar ni qué se suponía que debía hacer allí. Intenté preguntarles a los otros convictos, pero nadie respondía. Parecía como si todos estuviesen sedados con alguna droga. Claro que más tarde comprendí que esa droga eran sus propios recuerdos y que todos allí vivían encerrados dentro de su memoria, como fantasmas dentro de una casa abandonada.

Me dirigieron hasta una celda ubicada al fondo de un pabellón solitario. Constaba de un cuadrado muy pequeño con un colchón, un lavabo y una especie de inodoro. No había ventanas y la única luz provenía de los fluorescentes del techo, por lo que era imposible definir si era de día o de noche. Desde donde estaba no podía distinguir si había otros presos a mi alrededor, pero de vez en cuando escuchaba ruidos muy leves, como susurros ahogados o pasos muy lejanos. En cierto momento, comencé a pensar que tal vez estos sonidos solo eran producto de mi imaginación y de mis ganas de sentir un poco de compañía.

Dormía poco, pero cuando lo hacía siempre tenía el mismo sueño. Estaba en una especie de parque lleno de gente. Había ancianos jugando al ajedrez, adolescentes sentados en el pasto, parejas con niños y vendedores de pochoclos. Todo parecía normal, hasta que comenzaba a mirarlos en detalle y me daba cuenta que ninguno tenía rostro. Yo no podía distinguir sus facciones. En lugar de eso veía una especie de agujero negro, el cual parecía muy profundo. Caminaba asustado, buscando una cara conocida, pero mientras más me adentraba en la escena, más extraño me sentía. De vez en cuando veía a alguien de espaldas y surgía en mi interior un poco de esperanza, pero cuando se daba vuelta, volvía a encontrarme con ese agujero oscuro, que me atraía de tal manera que no podía dejar de mirarlo. Entraba en una especie de hipnosis, donde todo a mi alrededor se volvía frío y melancólico. En ese momento, despertaba de golpe, con la boca seca y una transpiración helada que me recorría la espalda.

Los días pasaban sin sobresaltos, si es que en realidad pasaban, ya que solo podía estar seguro del paso del tiempo por los momentos en que me alcanzaban la comida o cuando se producía el cambio de turno entre los guardias y se oían gritos provenientes del pasillo. Desarrollé una rutina muy metódica que respetaba de manera rigurosa. Me despertaba, me lavaba la cara y esperaba a que llegara el desayuno. Luego hacía algunas series de abdominales y flexiones que eran los únicos ejercicios que el limitado espacio me permitía, y al finalizar, almorzaba. A veces venía un guardia a buscarme para que vaya a ducharme y otras me dejaban tomar un poco de aire junto a otros presos en un pequeño patio de cemento. Ese era el único momento

en que los veía, aunque era lo mismo que estar solo. En realidad, ninguno de ellos estaba allí, sino que se encontraban inmersos en algún recuerdo del pasado, el cual no les permitía relacionarse con otros. Cuando volvía a la celda, me sentaba en el colchón y me dedicaba a mirar a través de los garrotes, como si así fuese a encontrar la manera de salir de allí. Más tarde llegaba la cena y volvía a la cama, donde daba vueltas por horas hasta conciliar el sueño.

En una ocasión, me hallaba sentado en uno de los bancos del parque habitual. Le tiraba pedacitos de pan a las palomas que se me acercaban, mientras que a mí alrededor niños sin rostro corrían sin prestarle atención a sus padres. ¿Por qué podía ver las facciones de las palomas y no las de los humanos? ¿Yo tendría rostro o también se me habría borrado? ¿Hacía cuánto tiempo no veía mi reflejo? ¿Me reconocería si lo hiciera? Esos eran mis pensamientos cuando la vi a ella. Pasó caminando por delante de mí y por un segundo pude distinguir algo más que un hueco negro en su cara. Creí haber visto en su perfil una nariz respingada, un ojo con pestañas larguísimas y una boca pequeña de labios rosados.

Todo ocurrió tan rápido que cuando por fin logré levantarme del banco, ella ya me daba la espalda. Noté que llevaba el pelo recogido con una cinta roja. Comencé a caminar para alcanzarla, pero su paso era tan rápido que no tardó mucho en mezclarse entre los sin rostro. A los pocos minutos ya no podía distinguir el moño entre la multitud que me encerraba cada vez más.

Abrí los ojos, estaba otra vez en la prisión. No podía explicar que acababa de pasar. Luego de meses soñando lo mismo esto me descolocaba completamente. ¿Quién era ella y por qué había aparecido de repente?

A partir de ese momento comencé a vivir más en el parque que en la celda. Me sentaba y esperaba que ella pasara, pero cuando por fin lo hacía me paralizaba y tardaba mucho en levantarme, por lo que nunca llegaba a alcanzarla. No sabía si realmente quería verla de frente, me daba pánico tomarla del hombro y que cuando se girara hacia mí no hubiese más que un agujero insondable. Además, tampoco estaba seguro de qué quería decirle, ¿debía presentarme y preguntarle su nombre? ¿Sabría ella qué era ese lugar y por qué estábamos allí? ¿La conocería de algún otro lado? Todo esto culminaba en perderla de vista y en despertar al sentir la superficie dura del colchón carcelario. Al instante me invadía un profundo enojo conmigo mismo, por haber sido tan cobarde y haber perdido de nuevo la oportunidad. Luego seguía la angustia de que esa podría haber sido la última vez en que la

veía. Pensaba que tal vez ella comenzaría a tomar otro camino o a pasar por la plaza en el horario en que me tocaba el almuerzo, por lo que nunca más volveríamos a cruzarnos y yo nunca podría dirigirle la palabra.

Un día, cansado de las horas de arrepentimiento, al fin tomé coraje suficiente para hacerlo. Esa vez la esperé parado, para poder seguirla más de cerca cuando pasara. Comenzó a trascurrir el tiempo y todavía no había señales de ella, la ansiedad recorría mi cuerpo. Estaba casi seguro de que había llegado demasiado tarde, cuando la vi caminar un poco más lejos de donde solía verla habitualmente y, tras dudar una milésima de segundo, comencé a correr para seguirla el paso. Los sin rostro comenzaron a amontonarse, nuevamente intentaban encerrarme. Yo los empujaba, pero eran tantos que la trinchera parecía nunca acabar. Estaba a punto de perder de vista el moño rojo, hasta que, por alguna razón inexplicable, vi como giraba su cuello en dirección al hombro derecho. Se estaba dando vuelta, miraría hacia atrás, me miraría. La escena era tan increíble que sucedía en cámara lenta. De repente me dieron ganas de pestañar, sabía que no debía hacerlo, pero tenía los ojos reseco así que no pude evitarlo.

Abrí los ojos lo más rápido que pude, pero aun así fue tarde: volvía a encontrarme en el colchón, con la boca seca y la frente transpirada. Estaba furioso, quería gritar con todas mis fuerzas; pero algo me obligó a quedarme callado. Sentí que alguien se aproximaba, aunque no se trataba de la pisada pesada de los guardias; estos pasos eran más livianos y mucho más constantes, como si la persona caminara de manera apresurada pero segura. Me incorporé para pararme frente a los barrotes y finalmente pasó. Como había percibido, sus piernas se movían muy rápido, sin embargo, alcanzó a mirarme por un momento. Sus ojos verdes se encontraron con los míos y creí distinguir una sonrisa tímida en su boca de labios rosados. Segundos después ya me daba la espalda, solo veía la cinta roja que llevaba en el cabello. ¿Qué hacía ella en la cárcel de la memoria?